

Cursos de Verano de la Universidad de Cádiz, 3 de julio de 2000.

## ANA MARÍA MATUTE

*Por Ana-Sofía Pérez-Bustamante Mourier*

Es la segunda vez, en poco tiempo, que tengo la inmensa fortuna de presentar a Ana María Matute, la mujer que sueña el sur. Es como un sueño dentro de un sueño: maravilloso e inquietante.

Hace tres meses presentar a Ana María Matute era una cuestión de documentación. Había que hablar, por ejemplo, de que fue una niña rara y sostiene que sigue siendo esa niña, exactamente esa niña a la edad de doce años. Para entonces, en 1938, ya existía una Ana María que había atravesado enfermedades graves en un fanal de sábanas y cuentos maravillosos, pero que al estallar la guerra pudo ver cuánta gente mísera, desesperada y muerta, muerta a la vista, había en Barcelona. Para entonces ya existía una Ana María que había podido comparar la suave comodidad de su hogar burgués con la dura libertad de los niños que vivían en el campo riojano, en pueblos como Mansilla de la Sierra o Neila, que le sirvieron de base para los que ella llamó Artámila o Hegroz. Para entonces, en ese punto en que chocan niñez y adolescencia, ya existía una Ana María rebelde, sedienta de comprensión (comprenderse, comprender, ser comprendida), defensora de una infancia que no fue completamente feliz (ninguna infancia puede serlo) pero que se negaba a abandonar. Para entonces, en 1938, ya había descubierto que ella era maga, porque una vez que la castigaron al cuarto oscuro sacó un terrón de azúcar del bolsillo y al partirlo vio en la oscuridad una chispa azul, y acaso fuera ya consciente de lo que la singulariza, algo que podríamos calificar como una superdotada inteligencia no sólo verbal sino ante todo emocional. Y para entonces, en 1938, Ana María, que desde los cinco años armaba sus propios cuentos y que tenía un pequeño teatro donde representarlos y un muñeco negro de trapo para contarle injusticias, ya tenía muy claro que donde leía en grandes letras “Hans Christian Andersen” un día iba a poner “Ana María Matute”. Y no se equivocó.

Hablar hace tres meses de Ana María Matute era una cuestión de lecturas. Había que repasar una obra deslumbrante que se inicia con *Pequeño teatro*, increíble relato escrito por una chica de diecisiete años en una época que hoy parece remota como la luna: en una época en que ser novelista precoz (ella fue la más precoz de su generación, la del medio siglo) no estaba nada bien visto, porque lo mejor era tener 50 años, como Cervantes, para atreverse a novelar. *Pequeño teatro* no vería la luz hasta 1954, y le dieron el premio Planeta. Antes había publicado *Los Abel* (1948), semifinalista del Nadal; luego *Fiesta al Noroeste* (1953), premio Café Gijón. *En esta tierra*, escrita en el 47, permaneció inédita hasta el 55 porque la censura vetó una historia trágica y nada complaciente cuyo argumento transcurría en la guerra civil. Se publicó cuando la autora, necesitada de dinero para atender la enfermedad de su hijo, aceptó “quitar lo que le ordenaron y añadir lo que le imponían”, y restituida a su intención original aparece en 1993 con el título de *Luciérnagas*. Pero eso fue mucho más tarde. A *En esta tierra* le siguió *Los hijos muertos* (1958), Premio Nacional de Literatura y Premio de la Crítica, y

a continuación se abre la trilogía “Los mercaderes”, constituida por *Primera memoria* (1960), premio Nadal, *Los soldados lloran de noche* (1964), Premio Fastenrath de la RAE, y *La trampa* (1969). Junto a las novelas hay que mencionar su único libro autobiográfico centrado en su niñez riojana, *El río* (1963), y no hay que olvidar las espléndidas colecciones de relatos breves que recrean también, sobre todo, el mundo de la infancia: *Los niños tontos* (1956), *El tiempo* (1956), *Tres y un sueño* (1961), *Historias de la Artámila* (1961), *El arrepentido* (1961) y *Algunos muchachos* (1968). Desde que tuvo un hijo en edad de escuchar cuentos, surgió en Ana María la escritora para niños: la autora de *El país de la pizarra* (1956), *Paulina, el mundo y las estrellas* (1960), *El saltamontes verde* (1961), *El aprendiz* (1961), *Caballito loco* (1961) y *El polizón del Ulises* (1964), Premio Lazarillo de Literatura infantil. Hasta aquí, la avalancha creadora desde los 40 hasta los 60, que se mueve dentro de lo que José Domingo llamó un “realismo poético”. Los setenta se abren con *La torre vigía* (1971), una especie de iniciático romance (en el sentido que da a la palabra la crítica anglosajona), que fue el germen primero de lo que veinticinco años más tarde daría el magnífico y exitosísimo *Olvidado rey Gudú* (1996) y ahora, hace nada, ha dado lugar al no menos exitoso y bellísimo *Aranmanoth* (2000). El largo silencio entre *La torre vigía* y *Olvidado rey Gudú*, debido a una depresión, se rompió antes, en 1984, con *Sólo un pie descalzo*, que fue Premio Nacional de Literatura Infantil.

Hablar hace tres meses de Ana María Matute era intentar resumir un universo ficticio coherente que gira en torno a varios temas centrales. El tema del paraíso perdido de la infancia, olvidado, traicionado o añorado por unos seres condicionados no sólo por el estallido de la guerra, sino porque sólo hay un niño que no crece: Peter Pan. O los temas de la maldad inevitable, de la doblez congénita del ser humano, de la fatalidad última de su destino. La base de la narrativa de Ana María Matute es, ella lo ha dicho, el deseo siempre insatisfecho y una protesta contra todo: contra el mundo, contra uno mismo y contra la falta de voluntad de comunicarse, de entenderse. En su discurso de ingreso en la Real Academia (titulado “En el bosque”, 1998), sostiene que la escritura es una “cacería introspectiva, una búsqueda feroz de uno mismo, necesaria para comprender a los demás”.

Presentar a Ana María Matute hace tres meses era también una cuestión de bibliografía, y había denunciar que, salvo excepciones, la crítica le perdonó la vida miserablemente porque los dómines del socialrealismo nunca supieron entender sus historias feroces y ese estilo poético donde las imágenes sensoriales significan hallazgos psicológicos y juicios intelectuales. Tuvo que venir Ricardo Gullón en 1984 a explicarnos que existe un tipo de novela que se llama “lírica” donde cabe todo lo que en Ana María Matute encontramos: la prosa poética, la introspección, el tiempo demorado y el tiempo preterido, la atmósfera emotiva, la fantasía, la leyenda y la filosofía agónica de vivir. Ana María Matute es la pasión de fabular que se nutre de lecturas que van desde Perrault, los hermanos Grimm, Andersen y Stevenson hasta Shakespeare, Emily Brontë, Dostoievski, Valle-Inclán, Lorca, Faulkner, Truman Capote y Carson McCullers. Ana María Matute, que hace suyas las palabras de Cernuda -“Creo en mí

porque algún día seré todas las cosas que amo”-, es la pasión de fabular que se nutre del sufrimiento y la belleza.

Todo esto sigue siendo verdad, pero ahora sé una cosa que antes no sabía. En Jerez pude ver a Ana María dos veces, y aunque fueron igual de apasionantes, igual de gratas, lo cierto es que me pareció dos mujeres distintas. La primera noche quien apareció no era propiamente mujer. Yo no sé lo que era: un ser delicadísimo que fluía con la facilidad y la transparencia y la caricia del agua, más allá del enorme cansancio de varios viajes seguidos luchando con un cuerpo demasiado frágil. Fluía, sí, luminosa, numinosa, como sin miedo alguno, como si realmente los tres que la acompañábamos perteneciésemos sin duda al bosque primigenio donde ella vive siempre en calidad de niña y en calidad de hada. La segunda tarde era el mismo rostro pero con otro gesto: el de quien ella llama con legítimo orgullo “la Matute”: síntesis de niña con aversión a las monjas crueles, de rebelde a los convencionalismos del régimen materno y del otro régimen, de novelista precoz que conoce el veneno de la crítica y la tiranía de las editoriales planetarias, de joven ávida de saber obligada por prescripción familiar a prescindir de los estudios universitarios, de víctima de un primer marido que fue lisa y llanamente malo, de madre que tuvo que luchar a brazo partido por la custodia de su hijo, de mujer separada en la España nacional-católica y de escritora profesional que vive de lo que escribe y que no escribe más que lo que le pide el cuerpo. Mucha tela, la Matute, aquel otro gesto que me pareció intuir en medio de lo que ya no era bosque sino acaso jungla socio-cultural. Afable y cordial, sí, subida coquetamente en sus tacones, pero una mujer en guardia, elegantemente calzada, si hiciera falta sobrevivir, para matar.

Las dos Ana Marías me contaron muchas, muchas cosas. Pero ahora que lo pienso yo querría convocar aquí a la que fluye sin miedo, a la que vive en el bosque y en el bosque no teme: no teme los resabios de los críticos, no teme ponerse estupenda, hablar de lo mucho que sabe y de lo mucho que ha leído, no teme resultar cursi cuando habla de sentimientos y se pone sentimental.

Para iniciar este coloquio con ella acaso lo mejor sea exorcizarla, exorcizarnos. Estamos en el señorío de Lines. Una niña que se llama Ana María-Aranmanoth-Windumanoth nos ha traído a un pequeño claro del bosque donde hay un círculo de piedras blancas. Es otoño. A esta hora el círculo resplandece como si la luz naciera de su superficie. La oscuridad es tan suave que parece brillar, como si fuera una inmensa lámpara enterrada. Suavemente ella se eleva y nos eleva sobre nuestros pies, y desde una altura fuera de lo corriente la contemplación del bosque es distinta. “-¿Ves las hojas de los árboles? Míralas despacio y luego cierra los ojos. Cada hoja es una palabra, y cada palabra corresponde a...” un aplauso grande, azul, alto y redondo para ANA MARIA MATUTE, que ha llegado al Sur.